

Héctor Fuenzalida

## A contratiempo



Se matenía todavía con las manos afirmadas en la puerta. Temía ahora, cualquiera de sus movimientos. Ella le consideró de pronto con una mirada que le recorrió de hito en hito, sarcásticamente.

—¡Usted conoce el poder de su fuerza!

Con ligera negligencia empezó a rehacer el peinado frente al espejo. De vez en cuando aleteaban sus pestañas y Acario percibía en el espejo su mirada que se detenía un momento sobre él, a hurtadillas. Sus ojos volvieron a encontrarse.

—Somos unos fumadores empedernidos... Si no hubiera sido por aquel pitillo... (No percibió al momento la alusión). ¿Puede ofrecerme un cigarrillo de tregua? Ya no hay remedio...

El le alargó la pitillera y le ayudó a encender. Sus manos temblaban. Tenía la cabeza torpe.

Le arrojó una bocanada de humo sobre la cara:

—Ya estaré a merced de usted, otra vez.

Empezó a dar pequeños paseos alrededor de la me-

sa. Levantaba la cara para echar el humo hacia arriba. En su interior parecía librarse una tremenda lucha.

—¿Por qué me perseguía?—le preguntó.—¿Cree que guardo algún interés sincero para usted todavía?

El estaba empecinado en su silencio. No sabía qué contestación dar. No sabía en qué dirección disparaba ella su dialéctica. Pero, de súbito, creyó percibir que en sus ojos había una gota, una lágrima que empezó a titilar hasta caer por la mejilla. Y sintió deseos de volver a estrecharla en sus brazos. No sabía cómo lograba contenerse. ¡Y sólo hacía unos minutos le había exigido el máximo!

—Diva—balbució a sus espaldas, con un grito patético, con una voz que le extrañó a él mismo en su garganta. —Diva—repitió.

Ella había inclinado el rostro.

—Sé lo que tiene que decirme. Ahora está obligado a hacerlo.

—La amo, la adoro, por eso la perseguía...

En la misma postura, ella susurró:

—¿Y por qué ha vuelto a casarse?

—Estaba desesperado. Después de todo... necesitaba tranquilidad. Nunca perdí la esperanza de recuperarla.

Ella estaba ahora mirándole de frente con sus hermosos ojos nublados.

—¿Ha podido encontrar esa tranquilidad?

—Sí... —murmuró Acario tímidamente.— Sí...

tal vez—agregó al notar que mentía por cobardía, por reservarse todavía este reducto frente a ella.

—¿Entonces por qué me ha dado esta cita? ¿Por qué?... ¿por qué?...

Mientras le hacía estas preguntas el tono de su voz fué haciéndose angustioso.

—Tenía deseos de hablar con usted. Quería saber si era feliz...

Era tan ingenua esta excusa que ella sonrió, mostrando sus hermosos dientes.

—No tiene imaginación para decir pequeñas mentiras... —le dijo.

Su labio menor se encogía levemente, carnalmente, dando a su sonrisa cierto cinismo. No era una sonrisa muy hermosa. Pero había en ella un no sé qué que la hacía terriblemente incitante. Todo pasó tan de súbito que Acario, ahora, sentía la necesidad de explicarse, de decir una palabra. Se había puesto muy sentimental, casi lloraba frente a ella. La tomó otra vez entre sus brazos, como se toma una cosa propia, y la besó con fuerza incontenible.

—Basta—le dijo ella, le rogó. —Esto no es un juego...

Pero Diva, en realidad, tampoco habría podido explicar cómo pudo entregarse, rendirse tan fácilmente ante su acometida. Era el mismo hombre de siempre, el de los primeros días de su matrimonio; y no podía dejar de confesarse que era mejor que fuesen así, a veces, apasionados, ciegos... Le había bastado un leve

rozamiento de la piel para comprender que su carne le pertenecía, que continuaba siendo su mujer. No era sólo esa especie de maternal y tierna conmiseración por su asedio. Hasta ese momento nadie se había dado cuenta todavía; pero con el tiempo, Gloria y Federico tendrían que saberlo... Y entonces, más valía no pensarlo.

—¿Siente usted arrepentimiento?—le dijo él, después de un prolongado silencio.

—¡Qué pregunta!... Durante estos minutos me he dicho mil veces que debía marcharme, que tenía la obligación de hacerlo inmediatamente... Pero no he podido... Me horroriza pensar que no siento nada, ningún arrepentimiento.

Había en su modo de contestar un ligero abandono, un abandono sensual. Diva era de esas mujeres cuyo atractivo las pierde; una de esas mujeres que no son responsables de sus caídas. Caen por que tienen que caer, por todas las otras que no han podido caer. Demasiado perseguidas, demasiado asediadas, debatiéndose en el pequeño círculo en que la cercan todos los hombres. Ahora comprendía que podían haberla poseído mil hombres y que siempre estaba pura, inocente. ¡Qué necio había sido!

Acario acercó una silla y se sentó a horcajadas. Obraba más tranquilo, como en su casa, como antes, con deseos de confesarse profundamente.

—¿Qué me contestaría usted si le pidiera que volviésemos a casarnos?

Esta vez Diva se echó a reír.

—Eso, bien lo sabe usted, ya no tiene remedio. Soy casada de veras, ahora. Quiero ser una mujer juiciosa.

—¿Reconoce entonces que conmigo fué poco juiciosa?

Ella suspiró:

—Con usted, la verdad, pagué el noviciado. No podíamos ser felices.

—Es grotesco afirmar todo esto después de lo ocurrido...

Diva se acercó y le puso con maternal ademán una mano sobre el hombro:

—¿Sabe usted, querido, lo espantoso que es no tener la menor seguridad respecto del ser que se ama?

—Esa zozobra la conozco mejor que usted. Pero era siempre una felicidad tenerla a mi lado... Ahora lo sé.

—Y, sin embargo, fué usted quien solicitó la separación.

—Estaba loco... Estaba loco de celos... Estaba idiota...

—Vivía loco de celos... Y así no podíamos seguir. Me he referido a esta tranquilidad. Yo no podía tener tranquilidad con usted. A cada rato sabía que dudaba de mí. Era no vivir...

—Pero sabía que le quería.

—En verdad. Pero también era una tortura horri-

ble no poder moverme a ninguna parte. Usted estaba espiándome siempre . . .

—En el fondo me odiaba muchas veces.

Diva se enfrentó con sus ojos. De pronto el poder de su voluntad parecía transformar todo su ser. Su voz se hizo más íntima, como si hablara consigo misma.

—No sé como explicárselo. No estábamos hechos el uno para el otro; y, sin embargo, en todo coincidíamos . . .

Estaba tan distinta a como era de ordinario, que Acario no halló qué replicar. La dejó que se explicara. Ella hablaba sin mirarle.

—No podíamos ser marido y mujer, dos seres destinados a vivir siempre juntos, a tolerarse. Teníamos temperamentos demasiado afines. ¿Recuerda usted que estábamos en todo de acuerdo? Era extraordinario. Si íbamos a una exposición de pintura elegíamos siempre las mismas telas. Si se trataba de hacer un menú, pensábamos en los mismos guisos. Usted detestaba o amaba las mismas personas que yo. Teníamos los mismos amigos y los mismos enemigos. Teníamos idénticos pensamientos. Yo sabía lo que usted estaba pensando y usted descubría fácilmente todas mis secretas inquietudes . . .

—Era ideal, ¿verdad? Ud. tiene que reconocerlo . . .

—No; yo creo que ese exceso de unidad lo echó a perder todo . . . No se puede vivir siempre tan de acuerdo. Nos conocíamos demasiado. Sabíamos todo lo que deseábamos y nos lo decíamos inmediatamente. Y esto

es peligroso para la felicidad... Yo me aburría y usted estaba también desesperantemente aburrido. Si yo tenía un mal pensamiento, usted lo adivinaba con sólo echar una mirada sobre mi frente. Era una unión extremadamente perfecta, una unión infernalmente estrecha.

Acario se levantó y la tomó en sus brazos. Era su supremo argumento.

—¿Sabe usted todo lo que la estoy deseando en este momento?

—Lo sé. Pero no puedo resistirme.

—No la entiendo.

—No quiere entenderme.

—Le he dado esta cita para rescatarla. Quiero que vuelva a ser mi mujer...

—Es imposible. ¿No comprende que es imposible? No podemos hacer desgraciados a dos seres que nos adoran. Su pobre Gloria, mi pobre Federico...

—No debe nombrarlos. En este momento nos pertenecemos... Es sagrado. Ud. sabía que iba a ocurrir esto inmediatamente... ¿Por qué ha venido?

—Sí. Lo sabía. Pero no podía resistirme. Escúcheme. Voy a contarle un cuento... ¿Se ha preguntado alguna vez cuando y por qué empecé a engañarlo?

—No. Pero ahora no me interesa. Ya no sé tener celos...

—Los tendría, desgraciadamente, en cuanto me recupere por entero... Le pido dejarme razonar. Me siento enormemente atraída por usted. Pero déjeme li-

bertad para pensar... Yo había sido antes la prometida de Federico. ¿No lo sabía usted? Era el novio elegido por mi familia. Estaba lleno de condiciones. Era rico, buen mozo, cumplidor de sus deberes, un gran cirujano... Me dejé seducir por los argumentos de mis padres y me comprometí con él sin saber lo que hacía... Pero un día, en un baile ¿lo recuerda?, le conocí a usted. ¿Ha pensado en el peligro que encierran para la tranquilidad de dos honestas familias el que lleguen a conocerse dos seres tan perfectamente semejantes, que han nacido el uno para el otro, como reza la frase? Usted era terriblemente mi tipo. Lo comprendí al momento... Delgado, alto, con la frente pensativa, con una palidez mate y unos ojos ardientes que parece que van a morder. Apenas crucé dos palabras con usted comprendí que estaba irremisiblemente perdida. Y así ocurrió... Las más atroces decisiones, en un estado de ánimo semejante, nos parecen perfectamente normales. Teníamos vergüenza de confesarle a nuestros padres la verdad. Y determinamos huir. La pasión nos cegaba, no nos permitía ver lo que hacíamos. Al huir, con usted y ser un día entero su amante, antes de llegar a la parroquia, dejé de ser automáticamente una mujer honesta. Aun después del sacramento, yo seguí siendo culpable para usted, una mujer culpable. Estábamos demasiado unidos. El perdón de nuestros padres llegó tarde. Ellos nos hicieron tal vez el mayor mal. Siempre fuimos sus hijos pródigos. La sensación de nuestra culpa, estrechaba nues-



tra amistad, nuestra pasión, pero no hacía menos odiosa nuestra situación. Y usted comenzó de pronto, querido, a tener celos, unos celos horribles. ¡Qué inexplicables, qué injustos resultaban sus celos! Yo lo había sacrificado todo por usted y, sin embargo, no estaba nunca seguro de tenerme. Quería que siempre fuese más de usted. Llegó a ser un terrible tirano. Comprendí que usted era uno de esos hombres, dotados especialmente por la naturaleza, que no pueden ser sino amantes, que nunca consiguen hartarse del placer, que sufren el suplicio de una eterna pasión que les domina y que buscan siempre modulaciones torturadoras. Entonces también comprendí que había hecho un error en dejarme llevar por mis inclinaciones juveniles. Volví a ver la realidad. Llegué a entender la sabiduría de los consejos de mis padres al querer casarme con un hombre tranquilo y juicioso como Federico. Comencé a serle infiel desde ese instante, querido... Bien sabía que había despertado un amor muy fuerte en el corazón de ese otro hombre. Por otra parte, para despertar sus sospechas, no tenía que hacer una labor demasiado habilidosa. Usted cayó en el garlito y pidió la anulación de nuestro matrimonio...

Diva se volvió de espaldas y ocultó un momento su rostro entre las manos. Acario había quedado con la mirada fija en el vacío. Un profundo silencio se produjo entre ambos. De pronto él se levantó con la mirada encendida y la cogió con fuerza.

—¿Es verdad lo que dices? Si es así tú debes volver inmediatamente conmigo.

Pero Diva, entre sus brazos, dió vuelta el rostro negativamente.

—No, no... Es usted el mismo de antes. Ahora sería más culpable ante sus ojos...

—Es que voy a volverme loco.

—¿Por qué? ¿No está casado con una buenísima mujer? ¿No tiene un chico encantador? ¿No dice usted que ha encontrado la tranquilidad que necesitaba?

—He mentido. Siempre estoy pensando en ti. Tenía vergüenza de confesarte la verdad. Me arrepentí al día siguiente de haber pedido la anulación de nuestro matrimonio... Ignoraba lo que perdía. Te amaba desesperadamente. Me alimentaba la ilusión de que no podrías vivir sin mí... Esperé confiado que volvieras. Fué una simple amenaza. Cuando me enteré por tu abogado que también deseabas la anulación, creí volverme loco de rabia contra mí, pero mi orgullo me impidió volver atrás. Y después, cuando supe que ibas a casarte con otro vi claro todo mi error y caí en una melancolía que aun no me abandona...

Diva se acercó, le cogió el rostro entre sus manos y lo acarició suavemente.

—¡Pobrecito! Ya no podremos volver a unirnos... Tienes los ojos llenos de lágrimas. No llores, me destrozas el corazón...

Se inclinó y la besó en las mejillas una, dos, tres,

diez veces. Pero aquellas caricias le exasperaban ahora y la rechazó.

—No puedes dejarme, no puedes—balbució él.—  
¿Por que has venido a la cita?

Diva encendió otro cigarrillo y aguardó un instante que se serenara.

—Eso ya es otra cosa. He venido porque no puedo ya resistirme. No quiero privarme de nada que de ti venga. Ahora te tengo prisionero. ¿Entiendes? Ahora puedes ser como yo quiero. No estaré contigo sino unas horas, todas las tardes, si quieres. Sentiré yo también, ahora, la tortura de no tenerte siempre a mi lado, y me darás esa dosis de felicidad que necesito para vivir... Por eso he venido. Era lo que tenía que hacer. ¿Estás satisfecho? Será lo mejor, te lo aseguro... Ahora, perdóname... Ya debo volver...